

# UNA SOLUCIÓN TEMPORAL



Por

Margarita María Niño Torres

Novela de dificultades, incertidumbres y búsqueda de soluciones a través de trabajos temporales en lugares de apariencia extraña.

Esta obra se ubica dentro del género "Realismo positivo"

# UNA SOLUCIÓN TEMPORAL

## ÍNDICE

Yolanda y su novio.....	3
Otros horizontes.....	4
Compromisos.....	7
Un barrio de la marea.....	8
Vida diaria.....	11
Historias de don Pedro.....	11
Oficio de difuntos.....	14
La música afro-cubana.....	20
Primera misión.....	20
Viaje al Río San Juan.....	23
Una emergencia en la selva.....	38
Medicina chamánica.....	40
Segunda misión.....	41
Viaje al río Naya.....	42
En San Francisco del Naya.....	45
La Punta del Tambor.....	46
Continuar la vida.....	48

## **Yolanda y su novio**

Yolanda Castaño cursaba su último año de estudio en la Normal Superior de Popayán. Su rendimiento distaba mucho de ser excelente. Con un mediocre esfuerzo lograba mantener sus calificaciones suficientes para recibir el título al final del año 1960.

Transcurría mayo. Ella esperaba a su novio Humberto Sánchez, con un ánimo destemplado. Realmente no sentía ningún apego hacia él, pero le resultaba indispensable tener su compromiso para antes del final del año escolar y llegar así, graduada y como novia comprometida, a la casa de sus padres para anunciarles próximo matrimonio y vida posterior en Bogotá.

Yolanda no quería mucho a su novio, pero no soportaba la idea de volver como hija sumisa a escuchar un día detrás de otro día, los sermones piadosos de su madre dominada por la rigidez moral de los predicadores de la iglesia.

Humberto llegó muy puntual a la cita. Ella lo hizo entrar a la primera salita del internado en donde vivía, en lugar de salir de una vez con él, porque quería que las curiosas y chismosas que siempre merodeaban por ahí, escucharan la solicitud de matrimonio que su novio le haría.

Y el novio, medio inocente, medio socarrón porque intuía las intenciones de su amiga, le siguió el juego y con todo respeto le pidió que lo aceptara como su prometido, porque quería casarse con ella en Navidad.

— Pues, gracias, Humberto. Yo creo que podemos conocernos un poco mejor durante este tiempo para confirmar o romper nuestro compromiso antes de yo tenga que dejar definitivamente este internado.

— Entonces, ¿puedo presentarte formalmente como mi novia?, preguntó el enamorado.

— Pues sí. Yo también diré lo correspondiente en relación contigo. Lo del matrimonio, dejémoslo para cuando estemos con las familias.

Yolanda percibió que las portadoras de noticias se habían escabullido y entonces, tomando la mano de Humberto inició la acostumbrada caminata hacia el parque.

Se sentaron en un banco y comenzaron a hablar, como de ordinario.

— Ya somos novios, déjame besarte —dijo Humberto

— No me gusta ver novios besándose, tampoco quiero que me vean en ésas —contestó ella, girando su cabeza para otro lado.

— Bueno, entonces vamos a comprar un helado y caminamos un rato, aunque sea sin hablar mucho —dijo el novio y tomó la mano de Yolanda y se empeñó en que caminaran sin soltarse. Finalmente compraron paletas y, en silencio continuaron su paseo hasta terminarlas.

Yolanda le dijo que no tenía que acompañarla hasta el internado, que mejor él siguiera para su casa y se verían el domingo siguiente. Como gran concesión se acercó para darle un pequeño beso, dio media vuelta y se alejó rápidamente.

Humberto estuvo contento con el beso y Yolanda se sintió segura de que era bueno casarse con un personaje que no la dominaría nunca.

En tales condiciones de mínimo entusiasmo se sostuvo ese noviazgo y fue conocido por todas las profesoras y alumnas de la Normal y por los pocos amigos de Yolanda, ajenos a su vida de estudiante.

## **Otros horizontes**

A mediados de noviembre Yolanda retornó a su casa. El domingo siguiente llegó Humberto muy cortés y bien presentado a visitarla. Ella había hablado a sus padres del compromiso y de su propósito de casarse pronto.

Todos estuvieron de acuerdo. Realmente no todos, porque ella no quería casarse tan rápido pero menos quería vivir en su casa, discutiendo el día entero con su madre y cumpliendo todas las aburridísimas normas que ella imponía.

Un domingo al salir de la misa, sus padres iban adelante, cuando una mujer de mediana edad se acercó y entregó un folleto parroquial directamente a Yolanda, mientras le decía,

— Esto puede interesarle. Ahí está mi teléfono. Soy Sofía.

Yolanda recibió el papel, lo metió en su cartera y siguió su camino.

En la casa el almuerzo estaba listo y se sentaron los tres

El padre de Yolanda le preguntó:

— ¿Por qué ese afán de casarte en tres meses?

— Pues porque Humberto es un buen hombre y no quiero perderlo. Él quiere trabajar en Bogotá y yo quiero entrar a la Universidad para hacer una carrera, antes de ponernos a tener hijos. En esto estamos de acuerdo.

— Pero si ya eres normalista. ¿Para qué otra carrera? —preguntó la madre

— Porque no estoy segura de que yo quiera enseñar toda mi vida. Sería bueno poder variar. ..., en fin, tenemos unos meses para pensarlo porque Humberto comenzará a trabajar en Bogotá en mayo próximo.

Sin más aclaraciones, el almuerzo llegó a su fin y los tres se retiraron a descansar un poco.

Yolanda se acordó del papel que esa mujer Sofía le había entregado al salir de la iglesia. Lo buscó en su cartera y lo abrió:

.....

¿TIENES VEINTE AÑOS O MÁS? ---- ¿NO TIENES TRABAJO?

¿NO SABES QUÉ HACER CON TU VIDA? ----- ¿ESTÁS SOLA?

TÓMATE UN TIEMPO ----- TE SERVIRÁ MUCHO -----

VEN A TRABAJAR SEIS MESES CON NOSOTRAS -----

TE AYUDARÁ A ENCONTRAR TU PROPIO CAMINO-----

Misiones temporales . Contratos de trabajo legales.

Responsable Sofía Poveda . Direcciones, teléfonos, ...

.....

Al día siguiente Yolanda fue al Despacho Parroquial a preguntar por Sofía Poveda.

— ¿Cómo son esas misiones temporales? , preguntó Yolanda a Sofía, después del saludo y reconocimiento mutuo

— Son trabajos de seis meses para colaborar en asistencia social a familias y comunidades que viven en lugares aislados. Y Sofía pasó a explicar:

Puede ser en campañas de salud preventiva, en asesoría a madres de niños que no pueden llegar hasta la escuela más cercana, en ayuda a maestras alejadas, en consejos de nutrición... etc. es una forma de extender los servicios sociales y también de colaborar con los más aislados.

Yolanda quiso saber si solo invitaban a mujeres a participar en esos proyectos, quién firmaba los contratos y qué exigían de las aspirantes.

Sofía le informó que:

En esa sección se trabajaba solamente con mujeres. Que siempre era temporal. Que las aspirantes no podían tener compañero permanente ni marido ni hijos menores de edad. Si tenían novio, los dos debían aceptar no verse durante el tiempo de la misión de ella.

Yolanda quiso saber quiénes se encargaban de llevarlas hasta esos lugares y Sofía le contestó que los choferes y los bogas eran hombres fuertes y expertos que trabajaban, algunos por contratos temporales y otros como trabajadores permanentes. Ellos transportaban a las misioneras y también los insumos necesarios y cuando era oportuno, llevaban médicos, profesionales y técnicos de diversas áreas.

En cuanto al pago, Sofía le informó que cada misionera recibía —además de vivienda, alimentación y transporte— algo más de un salario mínimo al mes, durante el tiempo de su vinculación.

Yolanda se interesó mucho. Seis meses para conocer lugares diferentes y hacer en ellos un trabajo que no sonaba muy difícil, sería una solución temporal a su inseguridad sobre el matrimonio casi inmediato y a su deseo de vivir independiente del rígido gobierno de su madre.

A la pregunta sobre quién era el patrón que contrataba, Sofía respondió que era la diócesis correspondiente al lugar elegido.

Con un formulario para llenar, Yolanda salió decidida. De momento haría la solicitud y cuando le respondieran, si era algo afirmativo que ella vislumbrara como bueno, solo en ese momento lo comentaría con sus padres y, por supuesto con Humberto.

Veinte días después de haber entregado la solicitud en la parroquia, Yolanda recibió una carta de Sofía en la cual la citaba para hablar del tema de su misión temporal, porque había sido aceptada y era necesario llenar todos los datos antes de firmar el contrato.

### **Compromisos**

Mirando opciones, Yolanda se decidió por la costa pacífica. Entonces, mientras llegaba el día de firmar, ella contó primero a Humberto y luego a sus padres, acerca de su decisión de optar por una 'solución temporal' que veía muy interesante.

Su padre se alegró. Esa espera mostraría qué tan fuertes eran los lazos que unían a la pareja. La madre, fiel a sí misma encontró objeciones rebuscadas sobre esos viajes largos con gentes desconocidas, ... etc, etc.

Con Humberto la cosa fue más profunda:

— ¿Por qué me ignoraste a la hora de tomar esa decisión? — preguntó él

— Porque quiero ser yo misma la única responsable de mis propias elecciones. Compréndeme. Te quiero y deseo que seas mi esposo pero no me conozco suficientemente a mí misma para estar segura de mis posibilidades de fidelidad. De alguna manera, necesito probarme y este plan me pareció perfecto —contestó Yolanda

— ¿Explícame porque no entiendo —dijo Humberto

— Desde que nos conocimos y acordamos ser novios, siempre hemos estado cerca, nos hemos visto con mucha frecuencia, yo me he hecho a la idea de que siempre estaremos cerca, pero no sé lo que es conservar el deseo de verte y de saber de tu vida, cuando pase un tiempo más largo sin verte ni hablar contigo. Es lo que llamo fidelidad. Confiar en ti y en tu amor aunque pasen muchos días sin verte.

— Pues, acepto el reto —replicó de inmediato el novio—. Te esperaré hasta que regreses o hasta que me digas que definitivamente no te intereso.

Seguramente si ése es el caso sufriré mucho, pero lo aceptaré y me volveré inexistente para ti.

— Estamos en completo acuerdo sobre lo que significa fidelidad. Yo, por mi parte te pido que si deseas que se termine nuestra relación, me escribas una pequeña nota al respecto y la dejes con mi padre. Él me lo hará saber discretamente, en cuanto le sea posible.

Se abrazaron y Yolanda se retiró después de mirarlo con dulzura y darle un rápido beso de despedida.

### **Un barrio de la marea**

Yolanda viajó por fin al puerto de Buenaventura. La costa del Pacífico se le había presentado en el mapa como la región más accesible que cumplía con sus requisitos.

En el terminal del puerto encontró a una compañera, Magnolia, una misionera seglar como ella. Magnolia la ubicó en un barrio de la marea llamado Paloseco, en casa del carpintero Pedro Cabezas y su familia quienes tenían un cuarto listo para ella.

Paloseco es una calle que sale de la carretera pavimentada, perpendicularmente a ella, y baja hasta encontrar el mar. Esa calle en sus comienzos era solo un corto espacio en la tierra firme contigua al borde de la carretera.

Para alargar estas calles, el proceso es largo: se rellena con basura. Los interesados compran las volquetadas de basura maloliente de la ciudad y con ellas van rellenoando el espacio marcado para la calle, poco a poco a lo largo de meses hasta lograr que la basura muy pisada llegue al borde mismo del agua en marea alta. Esta es la parte más barata de la construcción de la calle.

Luego sigue comprar por volquetadas el balastro que es mezcla de tierra y piedra que se riega encima de la basura hasta que forme una costra fuerte y resistente al oleaje. La calle transitible para carros se termina cuando el piso de la marea baja es demasiado hondo. Entonces de ahí en adelante siguen los puentes que constituyen una continuación estrecha de la calle,

puentes de tablas sobre pilotes que son brazos rectos y delgados de mangle, de tres a cinco metros de altura, separados unos de otros y absolutamente inestables, pilotes que por la delgadez de sus diámetros, cuando la marea baja los descubre en toda su longitud, parecen toscos y torcidos zancos de una pobre compañía de cirqueros, bordeados por casas construidas sobre pilotes similares: ésas son las casas de la marea y hasta allá no llegan los carros.

La casa de don Pedro en Paloseco, toda de madera, mirada desde la calle, era un cajón de unos cinco metros de frente por ocho o nueve de fondo, con techo de zinc a dos aguas y cumbrera paralela a la calle. La puerta de entrada se encontraba en la mitad de la pared del frente y en esta misma pared estaban las dos únicas ventanas de la casa, aberturas protegidas de la lluvia por el borde saliente de las tejas de zinc.

La pared posterior de la casa, tenía una puerta que permitía salir a la azotea. En la azotea, la casa de Pedro Cabezas se daba el lujo de tener un baño con piso de cemento, inodoro y ducha.

Adosado a la pared exterior del baño había un lavamanos y del otro lado de la puerta de la cocina, un lavadero hecho con tablas, cerca de una llave del agua. Era una casa muy completa.

Las azoteas de las casas ubicadas sobre calles paralelas de los barrios de relleno, no se asientan sobre el relleno, realmente son puentes que forman una especie de corredor de madera que une las casas por su parte de atrás, dejando un espacio vacío en el medio, espacio que muestra el nivel de la marea en relación con el piso de las casas. la vida social del barrio, porque en ellas se lleva a cabo todo el trabajo de arreglo del pescado, preparación de los elementos de la comida, lavado de la ropa, y en fin todas las labores que las mujeres desempeñan, al tiempo que van hablando y comentando los sucesos del propio barrio, de la ciudad y del mundo, sucesos que salen de allí transformados a la luz de las creencias, supersticiones, y telenovelas comunitarias.

En los días siguientes a su llegada, Yolanda, con la compañía de Leonor, la esposa de Don Pedro y señora de la casa, comenzó a conocer la gente de Paloseco, a husmear un poco en su estilo de vida y sobre todo a vivir en

esa casa en la que nada sobraba ni tampoco hacía falta nada y a cuyos habitantes llegó a querer como ampliación de su propia familia.

Esta casa era para Yolanda la residencia base de las misiones que le serían encomendadas. La vida en el barrio, siempre en actividad, pasaba para ella como una gran aventura, a la vez que le descubría importantes aspectos de la existencia en ese sector del mundo real: en medio de sus quehaceres y habladurías, las gentes se le mostraban generosas, solidarias y muy alegres.

Los gatos abundaban como suele suceder en todos los barrios pobres, pero lo fantástico de aquéllos, eran sus escandalosos amores sobre los tejados de lata. Hacían un ruido que despertaba a todos. Los primeros en dar señales de mal humor eran los bebés: había muchos en el vecindario. Entonces se levantaban las mujeres y los niños y trataban de espantar a los gatos con agua, con escobazos, con piedras y ollas de tal forma que el ruido inicial se cuadruplicaba y la noche terminaba en tertulia y risa por parte de las mujeres y gritos destemplados de sus maridos que nunca se levantaban a dar una mano en estas batallas y pretendían seguir durmiendo a pesar de todo.

Los insectos habitaban en Paloseco con toda tranquilidad. Yolanda siempre les temía. Una noche se iba ya a meter en la cama, cuando vio en la pared una araña enorme con una bolsa blanca como de una pulgada de diámetro entre las patas y la barriga. Gritó:

— Leo, aquí hay una araña grandísima, qué hago?,

— ¿Cuántas patas tiene?, —contestó Leonor desde su cuarto, porque ya estaba acostada.

— Me parece que ocho —contestó Yolanda que no sabía nada de arácnidos y pensó que el número de patas tenía que ver con el peligro que ese bicho representaba.

— Fíjese bien, porque si son ocho le va a traer muy buena suerte —explicó Leonor medio dormida.

Por si acaso, Yolanda empujó a la araña suavemente con una regla, hasta que consiguió que su buena suerte remontara la pared y bajara por el otro lado.

## **Vida diaria**

Las "pujas" son un fenómeno de mareas más altas que de ordinario. Tan altas que cubren las calles y en algunas ocasiones pasan del nivel del piso y el agua inunda las casas durante la pleamar, mientras dura el tiempo de puja que es como de una semana. En estas ocasiones, cuando Yolanda tenía algún compromiso cerca de la hora de la marea alta, era necesario que saliera antes de que el agua llegara a la puerta de la casa, o de lo contrario debía quedarse todo el día con la ropa que se empapaba desde la cintura para abajo, al recorrer la distancia como de cuadra y media hasta la carretera, cuyo nivel es mucho más alto y siempre queda por encima del agua aún en estas mareas de puja.

Durante las horas de marea alta en el tiempo de puja, el barío adquiría un nuevo aspecto: Casas flotantes a las que el mar no solamente entraba por las azoteas, sino que las rodeaba y asaltaba por todos lados.

Los niños nadaban y jugaban alborozados en el espacio de la calle y las mamás trataban, en el interior, de poner sus muebles a salvo del agua. Ninguna visita llegaba durante esos ratos, ni siquiera las vecinas del frente desean mojarse todo lo que era necesario para atravesar la calle.

## **Historias de don Pedro**

Un domingo llovía mucho a la hora de salir para su juego de dominó, así que don Pedro renunció a ir y se sentó en la sala en donde Yolanda se entretenía con un libro infantil que pensaba regalar a Emperatriz, la hijita de Pacha, la bruja del barrio. Ella lo vio acercarse y cerró el libro esperando que él comenzara a hablar, porque solía contar cosas de su juventud.

— Esta lluvia no es nada, niña, comparada con aquellos aguaceros del Diviso —inició Pedro dirigiéndose a Yolanda quien se dispuso a oír, fascinada de antemano, el relato de un mundo para ella totalmente desconocido y lleno de misterio porque él, Pedro Cabezas, había participado treinta años antes, en la apertura de las trochas para el

ferrocarril que atravesó durante algún tiempo las selvas del Diviso, en el departamento de Nariño, pero que no subsistió por los inmensos costos que implicaba la lucha contra la manigua. Al verla muy atenta, Pedro continuó:

— Desde que amanecía empezábamos a abrir brechas, tumbando árboles y árboles, siempre con la lluvia en la espalda, esperando que llegaran las provisiones, porque a veces nos quedábamos sin nada y así con hambre era muy duro trabajar, aunque era peor quedarse para que los mosquitos se lo comieran a uno en el cambuche en donde dormíamos. La carne nos la mandaban en el avión que traía materiales y herramientas y acuatizaba en el río Mira, cerca del lugar en donde iba la trocha.

— Cuando el piloto se veía en apuros y tenía que volver a elevarse por alguna razón, entonces, si ya no le quedaban bultos de arena de los que siempre llevaba de lastre, tenía que tirar las provisiones más pesadas y claro, ¡la carne salía por delante!... Una semana entera sin carne...—se quedó pensando y luego continuó:

— A cada viaje le tocaba a uno de nosotros acompañar al piloto, porque aquellos aviones eran muy inestables y no podían viajar sin pasajeros. Cuando el avión se inclinaba para un lado, el ayudante se ponía del otro, para compensar. Si perdía altura, el ayudante tiraba un saco de arena y aguantaba el estrujón,... —al llegar aquí, don Pedro se puso de pie para proseguir su relato, con énfasis y dramatismo, gesticulando e indicando con todo el cuerpo las acciones realizadas...

— Recuerdo una vez que pasé un susto terrible: Íbamos bajando, faltaba poco para tocar el agua, cuando vemos una troza enorme que viene por el mero centro de la corriente y que ¡nos vamos a chocar!, voy a buscar arena para tirar porque el piloto gritaba "tirar lastre, tirar lastre", y no había sino un saquito medio vacío. Entonces empecé a tirar las herramientas que llevábamos y nada que subía lo suficiente. Yo no quería tirar la carne, pero el avioncito no subía y ya casi chocábamos. Entonces al ver perdida la cosa, tiré la carne y ya iba a saltar yo también, antes de que estallara el aparato contra el palo gigante que venía, cuando subió lo preciso y pasamos por encima de la troza y pudimos tocar el agua un poco adelante —hizo una larga pausa antes de seguir:

— Esa fue la última vez que monté en avión. Desde entonces han querido convencerme de volver a hacerlo: que ahora son seguros, que caen en la tierra con suavidad,..nada, yo no quiero pasar otro miedo como el de aquel día.

En otras ocasiones hablaba de cosas misteriosas que Yolanda escuchaba como cuentos porque le parecían hechos imposibles. Un día, ella regresó como a las seis de la tarde y lo encontró solo en la casa. Leonor había ido con unas vecinas a acompañar a una señora de otro barrio que había quedado viuda unos días antes. Él, contento de tener con quien hablar, esperó a verla sentada en la sala y se sentó al frente. Comenzó:

— Cuando uno sabe mirar, ve cosas que los demás ni advierten,

— Por qué lo dice, Don Pedro? —preguntó Yolanda .

— Fíjese niña que había encargado una madera a un compadre que vive en la costa, tiene su lanchita y de vez en cuando saca algunas vigas para vender. Pues bueno, esta mañana, cuando llovía más fuerte, llegó y descargó estas dos vigas ahí donde están. "Yolanda ya había visto dos maderas gruesas que entraban por la ventana por encima del banco de carpintería y se prolongaban más de un metro en el interior hacia el techo y por fuera se apoyaban sobre el piso de la calle; cuando don Pedro habló de ellas, Yolanda se asomó a la puerta para observarlas detenidamente y le parecieron como de seis metros de largo cada una y secciones transversales de treinta por veinte centímetros más o menos. Don Pedro esperó hasta que ella las hubo observado bien para continuar:

— Pues llega mi compadre, descarga las vigas y yo solo lo veo cuando me llama y me asomo, porque estaba en el cuarto buscando un lápiz. Le digo, “¡éntrese compadre, que se moja!”, él entra y nos ponemos a conversar de todo lo que recordamos de nuestra juventud y de pronto se para y me dice que tiene que salir ya porque si no, no va a alcanzar marea para entrar por el estero ése donde vive, se despide y se va; ... me quedo pensando en la vida que él vive, completamente solo en un ranchito al borde del agua del estero y lo bien que se le ve. Entonces, y aquí es donde le digo que uno no sabe ver las cosas, doy la vuelta dizque para entrar la madera y ponerla aquí en el suelo para que no se siga mojando, y vea, niña, trate de pulsar una sola de esas vigas... —Yolanda trató de hacer resbalar un poco la viga

que estaba encima y lo sintió como si tratara de mover una pared de cemento.

— No crea que es por su poca fuerza, niña. Ahí donde las ve, esas dos vigas pesan casi media tonelada. Yo no puedo levantar ni una sola y no soy ningún debilucho, y mi compadre las traía al hombro desde el embarcadero y con tanta humildad que nadie se dio cuenta de que un pobre viejo, flaco y arrugado como él tuviera tanta fuerza. Y no es fuerza, es poder, niña, lo que se entiende por poder. La gente de los ríos y los esteros sabe más que los civilizados de las ciudades, acerca de cómo conseguir el poder de hacer esas cosas y muchas otras que usted se admiraría si las viera.

Muchas historias oyó Yolanda en Paloseco, exageradas algunas, verdaderas otras, todas hablaban de una vida guiada por lógicas diferentes a las convencionales que ayudaban a esas personas a vivir contentas con su realidad, alimentadas por la fe en sí mismas y en los poderes que heredaron de sus antepasados africanos. La lucha por la existencia, la penuria y la injusticia que soportaban, no les arrancaban el ánimo ni el sabor que siempre daban a sus vidas.

### **Oficio de difuntos**

Don Manuel, un habitante de Paloseco que estaba viejo y enfermo se despidió finalmente del mundo y, sin preámbulos, murió un día cualquiera. Lo primero que Yolanda escuchó fueron los lamentos: varias personas gritaban ay, aay, aaay,... alargando las aes y diciendo algunas palabras que no alcanzaba a entender. Inmediatamente comenzó un ir y venir de mujeres por todo el barrio: ellas ayudaban a los dolientes a arreglar al difunto para el velorio, cuya duración se extendería hasta que sus hijos, dispersos por toda esa costa, hubieran llegado para el entierro.

A las seis de la tarde ya lo tenían listo y ya se habían mandado razones a todos los rincones y esteros, en donde pudiera vivir algún pariente o amigo. Empezó a llegar la gente para acompañar a los familiares, en esa noche de velorio.

Los entierros son los acontecimientos a los que se trata de dar la mayor pompa en las comunidades negras de la costa pacífica colombiana. Los gastos para lograr que todos los actos revistan gran solemnidad van, frecuentemente, más allá de las posibilidades económicas de los deudos. Es la oportunidad de resarcir al miembro de la familia que ha dejado esta vida, por todas las privaciones y sufrimientos que en ella hubiera podido sufrir de parte de los suyos.

Durante la noche de velación se rezan rosarios y preces especiales, suplicando el descanso del alma; los visitantes dan el pésame a la viuda, a los hijos y a los demás habitantes de la casa, quienes los atienden con café y cigarrillos. En la cocina hay comida para los que llegan de lejos a despedir a su pariente. Con el cuerpo presente, todas las conversaciones giran alrededor del muerto: se cuentan y repiten hechos de su vida, se ensalzan sus buenas obras, se enumeran sus muchos hijos y nietos, así como las mujeres que tuvo, los negocios, las palabras de los últimos días, en fin se trata de reunir la mayor cantidad de recuerdos de la vida de quien ya no podrá decir ni hacer más cosas. Y por supuesto, se llora y se vuelve periódicamente a los lamentos.

El entierro se produce al día siguiente o subsiguiente, cuando la mayor parte de los parientes han llegado. El duelo de los familiares se suaviza, adquiere un cierto aire de grandeza e inspira respeto en proporción al número de personas que acompañen el féretro hacia su morada final. Entonces se toman fotos para la posteridad, para que los nietos puedan medir la importancia de su abuelo y todos los que las vean en el futuro, puedan constatar que se trató de un entierro multitudinario, como corresponde a una persona de gran nombre, nombre del cual su familia recibe lustre y honra.

La misma noche del entierro, comienza el novenario. En el lugar en donde estuvo el cajón, se arregla un túmulo cubierto de flores y adornado con las imágenes religiosas que se puedan conseguir. Los que regresan del sepelio son invitados a comer. Se reza el rosario y otras preces y, ya entrada la noche, todos se van a dormir.

Hasta la octava noche, todas las noches se repite la reunión, sin comida, para rezar por el muerto, seguida de conversaciones de distinto género, sobre todo con los que llegaron de lejos.

La última tarde y noche del novenario de don Manuel, Yolanda pudo comprender el nivel de importancia que *la novena noche* tenía para todos los familiares y amigos del muerto.

Una lona suficientemente grande como para cubrir todo el ancho de la calle a lo largo del frente de la casa y un poco más, fue instalada desde el mediodía frente a la casa de los dolientes. A partir de ese momento, todos los vecinos aportaban asientos y bancos para los asistentes, las mujeres llevaban café, cigarrillos, dulces, galletas, para colaborar con la atención a los vecinos. Algunos hombres llevaban una botella de aguardiente.

— Y, qué tanto duran las oraciones de esta noche? —preguntó Yolanda a Leonor,

— Toda la noche. La familia pasa toda la noche levantada atendiendo a las visitas y los amigos acompañan hasta amanecer. Pero no es obligación y todos entienden que la gente que tiene que ir a trabajar, se vaya temprano a su casa.

A las seis de la tarde empezó el tambor. Como ensayando. Unos pocos golpes, silencio, otros golpes, silencio. A la pregunta muda de Yolanda, Leonor contestó:

— Toda la noche sonará el tambor de mi compadre Jacinto. Esas pausas son para los primeros aguardientes. Por ahí dentro de un par de horas empezarán los cantos. Señal de que es hora de rezar.

Poco antes de las ocho, salieron. Leonor llevaba una libra de azúcar y una de chocolate para colaborar con los gastos de la larga vigilia. Don Pedro se había ido al muelle.

Bajo la carpa había gente, la entrada estaba colmada, y la sala completamente llena: los presentes apenas dejaban libre el espacio del túmulo y las flores, al lado del cual estaba Jacinto, imprimiendo con su instrumento un ritmo de danza africana de la muerte, a la abigarrada reunión. Fue difícil llegar hasta la viuda para darle el abrazo y entregar en la cocina los paquetes de la colaboración. Luego, Yolanda, a quien oprimían el calor, el sonido del tambor y los olores encerrados, salió a buscar un lugar bajo la carpa, cerca de alguien conocido, con deseo de comprender las motivaciones que llevaban a tantos, a participar en este duelo que, más que duelo, parecía un teatro de misterio.

Reconoció a Indalecia, la vecina del frente de la casa de Leo, y se sentó a su lado. No hubo tiempo de hablar nada, porque se hizo un silencio repentino, nacido en el interior de la casa y derramado como una marea decreciente sobre todos los asistentes. Fue entonces el momento en el que Jacinto comenzó un canto del que Yolanda no lograba entender ni una sola palabra. "Debe estar borracho "pensó "y por eso no se le entiende. Debe ser algún salmo.

—¿Qué cantaba don Jacinto? —preguntó en voz baja a Indalecia, en cuanto hubo una pausa.

—El viejo Jacinto canta en lengua, cosas aprendidas de sus abuelos, por allá en la costa, muy lejos. —Le explicó Indalecia—, pero tiene que estar borracho para que se acuerde de la letra. En su juicio no puede repetir nada. Yo a veces creo que son embustes, meros inventos de cantos.

Yolanda estuvo a punto de reírse. "Esta Indalecia tiene su espíritu burlón", pensó para sus adentros y se sintió aliviada de que la seriedad de todos los asistentes no naciera tan adentro de sus espíritus, como el silencio y la tiesura de sus cuerpos le habían hecho pensar.

En el intervalo pasaron repartiendo aguardiente y cada uno recibía el vasito, tomaba rápidamente el trago y lo devolvía para el siguiente. No había ocasión de disimular, ni de escupir, ni de dejar por ahí la bebida. Yolanda no tuvo alternativa, tomó ese primero, como todos y comenzó a pensar cómo haría para escapar, o al menos para no tener que recibir nuevos tragos. Decidió que simplemente haría señas de que no quería tomar en la siguiente vuelta y de acuerdo con la reacción de sus vecinos, tomaría o no la decisión de retirarse.

Vino un rosario. Todos contestaron las cincuenta avemarías con sus correspondientes variaciones, al terminar las casas.

Después, el tambor inició un "Mira que bonito, lo vienen bajando..." y toda la gente cantó hasta terminar. Nuevas invocaciones por el eterno descanso y finalmente silencio.

Ofrecieron galletas y café que solo algunos recibieron. Yolanda observó que, en la carpa, solo ella tomó el tinto.

—Niña, si quiere irse a acostar, ya terminó el rezo. Si se queda un rato, allá la espero —le dijo Leonor que acababa de salir de la casa, dentro de cual había permanecido todo el tiempo.

— Si, Leo, me quedo un ratito, todavía no tengo sueño —contestó Yolanda y Leonor se marchó. También se fueron en ese momento otras señoras y todos los pequeños.

— ¿Es mala educación si no recibo más aguardiente? —preguntó Yolanda a Indalecia.

— No niña, no se sienta obligada. Se entiende que no tiene costumbre.

Apagaron algunas luces. Volvió el tambor y el canto solitario, en lengua extraña, largo, acompasado, hipnotizante.

El trago se repitió con cortos intervalos. En la penumbra de la reunión, Yolanda empezó a ver que las personas se convertían en siluetas, sombras de sí mismas que a ratos desaparecían, dejando a su vista engañada, un escenario de selva primitiva. Se sacudió. "No me puedo dejar llevar, mejor me voy a dormir" se dijo y se levantó con cuidado, tratando de no llamar la atención de nadie. Era un cuidado inútil, la gente estaba inmersa en el canto y así ella hubiera saltado, no lo habrían notado. Indalecia ni siquiera la miró, estaba ahí, quieta, compenetrada con el canto y con el ambiente.

Con el movimiento, Yolanda se despabiló y resolvió permanecer allí un rato más, cuidando de mantenerse lúcida, de no dejarse llevar por el sortilegio mágico del rito, a esos mundos que sus vecinos andaban recorriendo.

Sin duda se trataba de un rito, de una ceremonia que empezaba de manera teatral, como una representación en serio, en la cual todos eran actores y debían actuar según unas reglas fijas de comportamiento; se entregaban en cuerpo y alma a la obra y la obra los absorbía y los despojaba de sí mismos. El teatro se convertía en hipnosis colectiva, en viaje a los orígenes, en reencuentro con su identidad ancestral.

Yolanda comenzó a sentirse incómoda. Ella estaba por fuera de lo que allí sucedía. Era un observador ajeno, casi impúdico, de un mundo que no le pertenecía. Se retiró antes de medianoche.

Durmió hasta las seis de la mañana, soñando cosas, al compás del tambor que a esa hora continuaba retumbando. Despierta, oyó llegar a don Pedro y pensó en levantarse.

— Creo que voy a ayudar a llevar al compadre Jacinto a su casa. Debe estar rematado de la borrachera y del cansancio —dijo Pedro a su mujer, asomándose al cuarto en donde Leo dormitaba y volvió a la calle.

— Este don Pedro, como no pudo acompañarlos, ahora va a ayudar a cargar al pobre viejo —pensó Yolanda.

— Leo, ¿pudiste dormir oyendo el tambor toda la noche? —preguntó Yolanda mientras se paraba y vestía.

— Ya estoy acostumbrada, niña, yo siempre me vengo temprano, después del rezo. No me gustan mucho las novenas noches de los difuntos. Prefiero dormir aquí que allá.

— Pero a todos los que se quedan sí parece que les agrada estar allá —añadió Yolanda

— Sí, mi abuela que todavía vive, dice que a mí no me gustan las vigilias porque casi no tengo nada de negra: mi abuelo fue blanco de modo que mi madre era mestiza; mi padre también fue un blanco de modo que yo nací así como me ve, piel más clara y pocos rasgos de negro. Antes de Pedro, tuve marido blanco y mi primera hija, Irma, la que vive en Cali, es completamente blanca. Como Pedro si es puro negro, fíjese que él no recuerda a nadie en su familia que no haya sido negro, nuestra hija, Soledad, es bastante negra —luego de una pausa, Leonor continuó:

— Si usted se asoma a la madrugada de una vigilia, verá que son muchos los que amanecen. No importa lo que tengan que hacer, eso es mucho más importante para ellos. Por la amanecida y por la borrachera no pueden ir al trabajo ni al estudio y es una disculpa que todos los jefes aceptan; claro que ese día no se lo pagan, pero les vuelven a dar trabajo.

Don Pedro regresó cuando ya estaba su desayuno listo, comió y se fue a dormir. La vida continuó su rutina.

## **La música afro-cubana**

La música y el baile eran elementos necesarios y siempre presentes en la vida de Paloseco. El juego de los niños se convertía en baile en cuanto sonaba esa música que apenas en Buenaventura se empezaba a oír y que los alumnos del Instituto llamaban salsa antillana o afro" cubana.

Como en el caso de la novena noche de Don Manuel, Yolanda miraba las personas y se sentía tocada y atraída por la percepción de una franja de confluencia de la realidad y la magia, a la que los bailarines negros ingresaban en alas de su música, y en la que vivían y compartían momentos de insondable felicidad, de la cual ella se sabía ajena y excluida.

En los bailes no todos bailaban, pero no había ningún tipo de limitante para quien quisiera hacerlo. Niños, mujeres jóvenes, mujeres maduras y viejas, muchachos y hombres mayores, no importaba si llegaban con pareja o solos, siempre podían encontrar alguien con quien bailar. Los bailes no necesitaban una ocasión especial. Era suficiente que sonara la música apropiada en una casa, que la puerta estuviera abierta y que los residentes en ella no mostraran rechazo, para que se armara el baile que duraba lo que la música y los dueños de la casa decidieran.

Tampoco era necesario el aguardiente. Si había, pues mejor, pero si no, también sin él los cuerpos reaccionaban al sonido de la música.

A veces, una mujer mayor, como de cincuenta años, entraba a bailar. Entonces todos buscaban un sitio para mirarla. Ella escogía al joven que deseaba como pareja y bailaba con verdadera maestría pese a sus años y exceso de peso. Cuando acababa, se sentaba un poco fatigada, mientras todos la aplaudían y algunos lanzaban vivas a la Mama Justina, que era la mejor bailarina de Buenaventura.

## **Primera misión**

Vivir en Buenaventura es sentir a toda hora la invitación a viajar. Los grandes barcos que esperan en la bahía a que haya lugar en el muelle para atracar y los marineros que circulan por la ciudad hablando tantas lenguas

diferentes y vestidos de formas extravagantes hacen pensar en tierras lejanas, en islas y continentes donde la vida transcurre en forma diferente, donde tal vez exista más felicidad porque tienen otras costumbres, otros dioses, otros amos.

Pero también están las lanchas pequeñas, las que vienen de la costa, de los ríos, con pasajeros apiñados entre montones de plátano y de pescado seco, que vienen a vender sus productos o a buscar al doctor para que alivie sus dolencias o a litigar porque el vecino les robó en un negocio...estas lanchas traen el mensaje de la selva, del mundo cercano y desconocido donde se vive sin electricidad ni televisión, sin carros, sin ninguna de las técnicas que forman parte del marco normal y corriente en el cual nos movemos.

Un día domingo, un niño llegó a casa de Don Pedro con una carta para Yolanda.

Ella miró el remite de las misioneras seculares. Abrió y explicó a Leo que le informaban sobre un próximo viaje al Río San Juan para visitar varios lugares. Pedían a Yolanda que se acercara a la casa donde vivía Magnolia para informarse completamente.

El lunes a primera hora Yolanda fue a conversar con Magnolia y por ella supo que el destino inicial sería la casa de Cabecera, un puesto de socorro de las misioneras sobre una de las bocas del río San Juan. Que la duración del trabajo por esos lados podría ser de tres semanas a un mes.

Yolanda estaba nerviosa y emocionada. Este proyecto resultaba mucho más interesante que cualquier cosa que ella hubiera podido imaginar.

Llegó el día de viajar. El viaje sería en la lancha de la misión. En total viajarían cinco misioneras más Juan que era el boga y el viaje sería por el mar, "por fuera" como decían ellos. Le explicaron que a lugares o poblados sobre el San Juan se puede ir buscando por el mar la boca del río y remontando la corriente hasta llegar al lugar de destino que era el programa de esa semana, o yendo por tierra hasta encontrar el río Calima que es un afluente del San Juan y navegando por él aguas abajo.

Son dos viajes completamente diferentes, cada uno de los cuales presenta aspectos a favor y en contra para el total y para cada uno de los viajeros, según las preferencias particulares.

El viaje por el mar tiene la ventaja de que se sale directamente de Buenaventura y, si el tiempo está calmado es más corto y rápido que el otro, pero corre todos los riesgos del oleaje una vez fuera de la bahía, y son numerosos los casos de naufragio en algunos puntos en los que es especialmente duro el golpe del agua cuando hay viento.

Por el Calima en cambio se viaja siempre en agua tranquila porque esos ríos ya tan cerca de su desembocadura fluyen serenos por entre selvas y caseríos que hacen un marco bello y triste a la vez. Lo malo es que se requiere un transporte terrestre que no siempre se encuentra, que lleve a los pasajeros y los espere a su regreso, además de las dificultades para ubicar la lancha en el lugar apropiado, lejos de Buenaventura.

— Salimos mañana a las siete para llegar con marea a la boca —le dijo Juan cuando Yolanda llegó la tarde anterior a preguntar por el viaje.

— Está bien. ¿En dónde embarcamos? —preguntó ella

— En Pueblo Nuevo en el muelle del centro —fue la respuesta

— Y ¿a qué hora más o menos estaremos llegando a Cabecera? —Como no contestaba miró a Isabel una de las misioneras que también viajaría.

— Cuando se viaja por el mar uno sabe a qué horas sale pero nada más. No se puede tener afán de llegar, hay que hacer de cuenta que se destina todo el día para el viaje —dijo ella contestando la pregunta de Yolanda y se volvió a Juan para insistir con cierto dejo de angustia:

— Pero ¿por qué por fuera?, Juan, eres cruel. Deberías dejar esos viajes así para cuando vas con tus amigos, pero a nosotras nos gusta más por el Calima. A ver, ¿por qué no arreglaste para que pudiéramos viajar por dentro?

— Pues porque la lancha llegó ayer por mar y ni modo que vaya solo por llevarla hasta San Nicolás —así se llamaba el embarcadero en el Calima.

Dijo Juan, y añadió :

— Pero no sufras Isabelita, que yo te voy a llevar con mucho cuidado, verás qué bonito y rápido viajamos

— A las seis y media de la mañana ya estaba Juan organizando la lancha: los tambos de la gasolina y las cajas con las provisiones y medicinas que

hacían falta en la misión iban ocupando el lugar correspondiente en la proa y se cubrían con un plástico. Luego los bancos de madera para los pasajeros y, finalmente ubicó el motor fuera de borda en la popa, listo para arrancar. Subieron las pasajeras y a las siete en punto salieron.

### **Viaje al Río San Juan**

A continuación copio aquí lo escrito por Yolanda en su diario como recuerdo de este viaje en lancha desde el puerto de Buenaventura hasta encontrar el Río San Juan y el Puesto de Cabecera y de las situaciones más destacadas sucedidas en esos días.

.....

«La primera parte del viaje, mientras recorríamos la bahía, transcurrió con tal suavidad que incluso podíamos charlar dominando fácilmente el ruido del motor. El mar estaba ligeramente rizado por la brisa, pero el amparo de la costa cercana impedía que se formaran olas, de modo que la lancha dejaba una estela blanca que tardaba rato en deshacerse. Pasamos frente a la Bocana y el mar inmenso se abrió ante nosotros. Pronto perdimos de vista las costas de la izquierda y solo se divisaba el contorno de la tierra sobre el lado derecho.

La lancha que hasta entonces se destacaba sobre la superficie y podría sin duda ser vista desde lejos, seguramente se vería ahora pequeña y perdida entre el oleaje y la inmensidad. Ya no hablamos más.

Me dominó el sentimiento de nuestra propia pequeñez y un temor real provocado por las enormes olas que nos levantaban como a una nuez, permitiéndome por un segundo lanzar la mirada sobre la superficie infinita para hundirnos enseguida y quedar casi rodeados por paredes de agua de gran altura. Miré a Juan. De pie al lado del motor mantenía la vista hacia el frente y sus ojos y boca

expresaban la tensión del que sabe que hay un peligro real y que es el único capaz y el responsable de sortearlo. No podía fallar aunque el mar estuviera endiablado.

Era joven, tal vez tendría unos veinte años y a pesar de su juventud denotaba gran fuerza y destreza. Además conocía los lugares y había acumulado experiencias que desde niño le enseñaron a respetar el mar y a buscar la dirección apropiada, el único camino entre olas enormes que era posible recorrer. Aquel día el viento soplabá con fuerza e iba en aumento y cualquier falla podía ocasionar un desastre, por eso él iba concentrado al máximo y solo miraba al frente y de vez en cuando al cielo que por suerte se mantenía despejado.

Llevábamos dos horas largas de viaje. Yo me había acostumbrado ya al golpe de las olas y no sentía ningún temor, pero no les pasaba lo mismo a mis compañeras que permanecían silenciosas y arrebujadas dentro de sus impermeables. Nos acercábamos a la costa que en este sector es escarpada en partes y en otras pantanosa y cubierta de vegetación hasta el borde mismo del agua, de modo que no es posible atracar ni construir viviendas ni refugios.

Hay un paso llamado el Tigre al cual temen especialmente los marineros y la gente, porque debido tal vez a corrientes muy fuertes siempre presenta oleaje alto y cuando hay viento es aún peor. Por esta razón, apenas se destacó frente a nosotros la playa de Juanchaco, que al primer atisbo era solo una línea casi invisible en el horizonte, pero que poco a poco se fue mostrando como lugar acogedor y seguro, todos empezamos a sonreír primero y después, destensionados, nos movíamos un poco en nuestros puestos tratando de estirar los músculos entumecidos y volvimos a hablar, claro que a gritos porque el ruido seguía igual, y las olas no bajaban. Era la vista de la playa cercana la

que causaba este revivir que manifestaban mis compañeras y esa sonrisa de alivio de Juan.

La lancha se acercaba a la playa y el color del agua indicaba que era menos profunda a medida que avanzábamos, hasta que no hubo fondo suficiente para el motor y entonces con una palanca hizo Juan que nos acercáramos un poco más. Finalmente nos habló:

—Tienen que desembarcar aquí porque está muy duro el oleaje para llevarla más cerca —Al saltar, el agua nos llegaba a las rodillas, y terminamos empapadas mientras bajábamos cosas para disminuir el peso y empujarla hasta la playa.

Esa playa silenciosa y solitaria no declinaba suavemente, sino que presentaba cortes paralelos como escalones a lo largo de las líneas donde el mar la golpeaba.

Detrás de la playa se extendía la selva, y en el borde mismo se levantaban unas pocas viviendas de pescadores.

Más al norte y en un espacio robado a la selva estaba el Hotel de turismo de Juanchaco, vacío y fuera de servicio. Por temporadas sus dueños hacían campañas y un barquito destinado para este fin traía a los veraneantes que durante ocho días permanecían allí dedicados a asolearse y a comer pescado fresco, plátano y enlatados.

No daba señales de mucha prosperidad, pese a la belleza del lugar, posiblemente debido a que la gente de las ciudades prefiere vacacionar, así sea en el mar, en hoteles que se parezcan a su casa, con todas las comodidades que en ella disfrutan y suelen aburrirse cuando les falta el ruido de los autos y la televisión.

Frente a la playa y a poca distancia, pero no tan poca como para ir andando por el mar, se destaca una roca enorme que tiene una forma casi cilíndrica, cubierta de una

vegetación verde y apretada. En conjunto parece un árbol gigantesco que hundiera sus raíces en el fondo del océano.

Desde el lugar en donde estábamos parecía inaccesible, y esto mismo la hacía más seductora. Yo imaginaba una sombra muy fresca bajo los árboles enormes que la coronaban, y un nacimiento de agua dulce y tal vez alguna cueva y muchos nidos de gaviotas y aves que se pasarían de la selva vecina atraídas por su altura y verdor...

Todo esto lo observé mientras caminábamos con dificultad desde la lancha hasta la orilla, llevando bultos para ponerlos a secar en la playa porque, a pesar de las precauciones, se habían humedecido con el oleaje, y por lo que se veía, el viento iba a continuar por un rato largo en ese nivel de fuerza que hacía aconsejable esperar. Al fin llegó también Juan y con un empujón final logró que la lancha se clavara en la arena de tal manera que la marea que estaba bajando no la arrastrara.

—Tengo conocidos aquí—, nos dijo y se adelantó llamando a gritos "Gilberto!, Gilberto!". El ruido del mar ahogaba la voz de Juan pero la gente que vive en él sabe distinguir inmediatamente un sonido diferente. Así, en seguida apareció un hombre en la puerta de una de las casas de madera que se levantaban en fila entre la playa y la selva, vino hacia nosotros y nos ayudó con los fardos que puso al sol cerca de su casa en donde la arena estaba bien seca y caliente. Nos invitó a seguir y subimos por una escalerita a la casa, mientras nos explicaba que su compañera había ido por tierra hasta un caserío próximo situado sobre la carretera, a visitar a unos familiares.

A mí me parecía imposible que a ese lugar se pudiera llegar por tierra; entonces me explicó de una forma tan clara y bien ordenada que por allí el piso era firme, que hasta unos pocos kilómetros adentro, llegaba una carretera abierta

por unas empresas que tenían la concesión de las maderas de ese lado, pero que no llegaba hasta el mar por tratarse de un camino para uso privado no siendo tal la playa, que por ley pertenece a todos. Además el trayecto desde donde se desvía de la carretera principal hasta donde termina es malo, y muy largo. Carros chicos se quedan a veces tres o más días esperando que seque el lodo para poder salir.

La casa de madera sin ninguna pintura se veía gris por la acción del salitre, pero todo en ella era tan limpio como el mismo mar. Las cortinas que en lugar de puertas cerraban los cuartos, los escasos y rústicos muebles, los cacharros de aluminio colocados por medio de ingeniosos ganchos de madera y alambre sobre la pared encima de la estufa, brillaban como brillan en las casas acomodadas los adornos de cobre recién bruñidos.

En la casa de Gilberto había pocas cosas pero no faltaba nada y él, un hombre joven estaba contento con nuestra inesperada visita. nos preparó café y habló con Juan sobre la pesca y el mar, informando que ese viento había empezado en la noche anterior.

—Ayer el mar estaba como leche, serenito, serenito.—nos dijo haciendo un gesto de superficie horizontal con las manos, y prosiguió: — Si hubieran salido ayer aunque fuera en la tarde, habrían llegado en menos de tres horas a Cabecera, pero anoche se levantó la brisa y lleva este tiempo soplando parejo— Le preguntamos sobre cuánto pensaba él que tardaría en calmarse y sonreía la vez que encogía los hombros — eso sí que no se puede saber, el mar es el amo, hace lo que quiere —añadió a modo de disculpa por no poder contestarnos en forma que resultara de acuerdo con nuestros deseos, según él imaginaba debía ser pronto, para poder seguir con el viaje y llegar a la misión.

Si estos parecían ser los deseos de mis compañeras, yo no participaba en absoluto de ellos. Me ilusionaba la idea de pasar una noche en ese lugar tan especial, y agradecí mucho al viento que hubiera forzado a Juan a tomar ese descanso. Juan por su parte estaba tranquilo: él también sabía que "el mar es el amo" y acogía con toda tranquilidad la orden de reposar.

Después de cambiarnos las ropas mojadas y de tomar el café caliente salimos a recorrer la playa. Avanzamos frente a unas cinco o seis casas más, similares a la de Gilberto, la mayor parte de las cuales parecían desocupadas.

— La gente está trabajando en las siembras adentro, vienen cuando ya está oscureciendo —nos explicó , "yo me quedé porque tengo que componer el chinchorro. Queremos salir apenas cambie el tiempo."

Yo había aprendido ya en Palo Seco que el chinchorro es una red de forma rectangular, que puede tener quince o más metros de largo y que se usa dejándola sumergida verticalmente por varias horas, generalmente de noche, a la entrada de algún lugar preferido por los peces de modo que éstos al acudir a tal sitio se enredan en ella y ahí permanecen hasta que vuelven los pescadores y la arrastran hasta la orilla.

Pasamos luego por entre unos restos de paredes de ladrillo y cemento y Gilberto señaló que ahí habían construido inicialmente el Hotel de Turismo, pero que la marea se lo había llevado... "es que el mar es celoso, no se va a dejar quitar la playa. El mar no aguanta que le metan cemento y por eso les fracasan sus construcciones, porque el mar se enfurece y se las lleva de raíz" nos explicó que el mar es un ser vivo, consciente y vengativo para todos los que dependen de él, y por esto ellos no se arriesgan a salir

cuando el viento está fuerte, ni desafían sin necesidad su furia.

Generalmente, cuando hay un naufragio sucede porque en medio del viaje se levanta el viento y no da tiempo para regresar o para arrimar a tierra, ó, porque se trata de turistas un poco presumidos, demasiado seguros de su habilidad y de sus máquinas que menosprecian la fuerza a la cual se enfrentan.

Cuando volvíamos a la casa, empezaba a disminuir el viento y las olas no estallaban con tanta altura sobre la playa. Gilberto dijo:

— Me parece que en una hora más ya van a poder salir, y que esta noche tendremos buen tiempo para la pesca —Yo hubiera deseado quedarme hasta el día siguiente, pero no se dió. Así que obedecemos. En la casa encontramos a Mirta, la compañera de Gilberto, con su bebita, ambas negras y tan lindas y sonrientes como el paisaje. Sentí envidia de esa vida que se me aparecía verdadera y feliz, y desde entonces soñé mucho tiempo con una casa de madera desteñida entre la selva y el mar...

Nos embarcamos de nuevo hacia las cuatro de la tarde, con tiempo suficiente para llegar hasta la boca del San Juan de día. El trayecto por el río no representaba ningún peligro aunque se hiciera de noche y la marea que había empezado a subir, permitiría la entrada sin problemas. El trayecto por el mar se realizó suavemente sin oleaje alto, pasamos el Tigre y llegamos a la boca del San Juan.

Aquí el paisaje es nuevo. Frente a su desembocadura el río se ve como un enorme espejo tendido entre dos campos verdes, de lejos el agua parece inmóvil y los ruidos de la selva se hacen eco y se refuerzan de orilla a orilla. En el margen derecho para quien como nosotros llega por el

mar, haciendo esquina entre el San Juan y el Pacífico, está el caserío llamado Puerto España.

A buena distancia de la orilla y colocadas en forma irregular unas treinta casas de madera con techo de paja, sostenidas sobre pilotes, como las de Palo Seco, constituyen el pueblo. No nos demoramos allí, sino que con habilidad fue Juan conduciendo la lancha hasta superar el espacio en el que el mar recibe al río, y por el centro de la corriente penetramos en él.

Aunque el oleaje que acabábamos de dejar en el Pacífico estaba muy suave, este deslizamiento por el San Juan se sentía como un vuelo. No se puede establecer una comparación entre los dos medios, pero está claro que quien por necesidad hace estos viajes, prefiera con mucho el camino interior. Hasta entonces yo no había visto de cerca un río como éste, tan ancho, tan tranquilo. Nada que ver con la inquietud del Cauca o del Magdalena que yo recordaba claramente. Las orillas del San Juan, perfectas paralelas, se separan por lo menos ciento cincuenta metros. El agua fluye lentamente cuando la marea está alta, y más rápidamente cuando baja, y el nivel del agua contra los bordes cambia permanentemente y constituye el reloj de las gentes para medir espacios de tiempo entre un determinado momento y otro.

Aún brillaban los últimos rayos del sol cuando Isabel me indicó con la mano unas construcciones más grandes que las casas que veníamos viendo dispersas sobre ambas orillas.

— Esa es la misión, qué bueno que llegamos por fin! — la pobre sufría tremendamente en los viajes, sobre todo si eran por mar: para confirmarlo añadió :

— El regreso no lo haré por fuera aunque tenga que quedarme aquí todo el mes. En tal caso esperaré al médico y

me voy en la lancha que lo trae que siempre viene por dentro

Un muelle de madera se alargaba unos diez metros transversalmente sobre el río y por él desembarcamos. Se veía muy poco, hasta que aparecieron las misioneras Matilde y Gabriela con unas lámparas de petróleo para ayudarnos a descargar la lancha.

La Misión estaba distribuida en tres edificios: la casa, la enfermería y la escuela. La casa de un solo piso, era una construcción amplia y rústica, en la cual se habían separado los cuartos mediante tabiques en todo similares a los de la casa de Don Pedro en Paloseco, pero aumentadas las dimensiones. Los muebles fabricados allí mismo por los "carpinteros" de la región se reducían a bancas, mesas fijas a la pared, estantes, repisas, un par de mesas grandes y algunas sillas muy poco confortables. Las camas se armaban con dos bancas y unas tablas. Sobre ellas se coloca un colchón preferiblemente de paja, porque el algodón se pudre rápidamente a causa de la humedad. Lo mejor es aprender a dormir sobre un petate sencillo, que se airea fácilmente y que siempre se puede conseguir o encargar a los indios.

El problema ambiental más difícil de resolver para las personas que llegan a vivir allí provenientes de ciudades del interior, es la tremenda humedad que se mete por todas partes y favorece la proliferación de insectos y la descomposición rapidísima de los alimentos. Las dificultades de transporte y la pobreza de estas misioneras hacía inalcanzable el beneficio de la electricidad o del gas, que les permitiera tener un refrigerador para conservar al menos lo que consideramos más necesario. De esta manera, ellas vivían de las provisiones que Juan llevaba cada cierto tiempo, y del pescado, el banano, la piña y la caña dulce, únicos productos comestibles de la región.

El pescado en esa parte del río es escaso y por épocas desaparece totalmente, debido posiblemente a que el agua no es completamente dulce ni agua de mar y así las especies se retiran a buscar sus condiciones propias. En las pujas el río se desborda, y las gentes pasan hambre porque el pescado desaparece del todo.

Exteriormente la casa era un lugar lleno de encanto. Se podía mirar el río desde cualquier parte y la selva a la espalda me parecía un mundo lleno de misterio y de peligros terribles para los extraños. También para los propios estaba llena de peligros reales, no fantasmagóricos como los que yo imaginé al comienzo de mi estancia allí y de los cuales me protegía la casa con su limpieza y orden que impedían la acumulación de bichos y bacterias pero sobre todo con la amistosa presencia de Matilde y Gabriela que trabajaban sin aspavientos en la escuela y en la enfermería, y que personificaban la esperanza y el apoyo para la población de una amplia región, población conformada por un buen número de negros y de indios que buscaban además del alivio a sus dolencias, orientación para sus empresas y luces sobre cómo defender su precaria economía y arreglar sus diferencias y pleitos.

Estas misioneras eran mujeres jóvenes que colaboraban voluntariamente, como yo, durante un tiempo en los trabajos de la diócesis, y que mientras estaban en ello devengaban un salario igual al mío, permanecían solteras, sin pareja, y acataban las disposiciones del obispo en cuanto al lugar y distribución del trabajo. Las misioneras en su mayoría, eran hijas de familias más o menos acomodadas, que no sentían deseo de hacer una carrera universitaria y tampoco de dedicarse exclusivamente a buscar marido, y a quienes atraía el aspecto de servicio y también de aventura que los trabajos en los territorios aislados presentaban, a la

vez que el poder hacerlo por un tiempo limitado sin ligarse con votos al estilo de las monjas.

Algunas permanecían mucho tiempo en estas labores, e incluso pensaban hacer de este trabajo su forma definitiva de vida.

La jornada diaria se componía de trabajo en la escuela, en la enfermería y en la casa. Como era tiempo de vacaciones no pude presenciar el funcionamiento de la escuela, pero mi colaboración en cuanto normalista recién graduada, consistió en ayudar a preparar materiales educativos como mapas, carteleros, talleres de matemáticas y de comprensión de lectura para los niños.

En la enfermería siempre había cola en espera de algún remedio. Los indios y los negros que pueblan las orillas del San Juan se comportan de formas muy diferentes. Mientras los negros hablan en voz alta y hacen ruido con lo que pueden, y se mueven de un lado para otro, los indios permanecen sentados en el suelo, hablando en su lengua en voz baja, y miran a las personas de fuera con desconfianza.

Al comentarle esto a Gabriela, me dijo que no era desconfianza como nosotros la entendíamos, sino timidez y recelo que desaparecerían apenas hubieran transcurrido unos pocos días y se acostumbraran a nuevas personas.

Efectivamente, muy pronto todos sabían mi nombre y parecía gustarles, porque lo repetían varias veces para grabarlo. La razón la comprendí después directamente: es que nunca repiten un nombre dentro de la misma región y por eso cuando llega un blanco cuyo nombre no ha sido asignado a ningún indio, lo aprenden para ponérselo al primero de ese sexo que nazca.

Los negros son como los de Buenaventura, alborotados, gritones, siempre sonrientes, alegres y despreocupados.

Negros e indios no se unen entre si casi nunca. En esa región no había ni un solo caso de pareja mixta, pero me hablaron de un sitio llamado "Bahía de Mulatos", en el cual se concentraban descendientes de esas uniones, quienes parecían haberse segregado a sí mismos. No se los veía en otros pueblos más que en casos graves de necesidad de ayuda médica, y por el menor tiempo posible.

Gabriela había visto algunos y me contaba que eran una mezcla afortunada: como si heredaran lo mejor de cada una de las razas. La piel negra pero suave, el pelo lacio, y los ojos sobre todo, eran muy especiales: almendrados y con una expresión a la vez decidida y soñadora. Pero tremendamente reacios a entrar en convivencia con otros grupos, se habían constituido en una tribu aislada.

La segunda o tercera tarde de mi estancia en Cabecera llegó Benito, un negro que vivía exactamente frente a la misión, en la orilla opuesta del río, y a quien Gabriela llamaba con gritos de "Benitouuuuh!.., Benitouuuuh..!" cuando necesitaba ayuda para mover alguna cosa muy pesada o para un mandado le jos.

—Vengo a invitarlas a una fiesta esta noche en mi casa —nos dijo mientras sonreía descubriendo una dentadura perfecta. Yo, a lo largo de mi vida en Buenaventura no podía dejar de observar las dentaduras de los negros. Siempre las ví muy blancas y parejas... tan diferentes de la mía que siempre fue muy imperfecta...

—Y por qué es la fiesta? —preguntó Gabriela.

— Porque estamos contentos y queremos bailar y tomar unas copitas.. —y al decir esto hacía un gesto de cosa chiquita con la mano, y guiñaba un ojo con picardía.

— A qué hora vengo para llevarlas? —preguntó con la seguridad de que diríamos que sí .

— ¿Te gustaría ir? —me preguntó Gabriela. Yo sentí una enorme curiosidad por asistir a una fiesta en tal lugar y le contesté afirmando con la cabeza. Matilde también aceptó, añadiendo que solo por un rato corto, y en esto estuvimos todas de acuerdo.

— Ven a las ocho, porque tenemos que terminar varias cosas antes —contestó Gabriela.

Benito se fue rápidamente, silbando mientras atravesaba el río en su canoa.

A las ocho, estando totalmente oscuro pues era noche sin luna, Benito llegó puntualmente y salimos. Él nos ayudó a subir a la canoa y nos acomodamos una detrás de otra, sentadas sobre el fondo. Por el exterior el agua llegaba hasta unos cinco centímetros por debajo del borde. 'Un movimiento fuerte y nos hundimos!'... pensé. Pero la habilidad de estos bogas y la perfecta calma del río hacen que aún más pesada una canoa, pueda viajar sin problemas.

El peligro está en que aparezca una lancha de motor. Si el que controla esa lancha no disminuye totalmente la velocidad mientras pasa frente a una canoa como la nuestra, la voltea sin remedio y son muchos los casos en que los pobres pierden todo lo que traen: plátano, pescado, harina, sal., además de los riesgos de su propia caída al río, con hijos pequeños si van con ellos. esta eventualidad era demasiado improbable para nosotras a esas horas y en un trayecto tan corto, así que arrancamos para la dichosa fiesta.

Las latas vacías son elementos muy útiles en la confección de lámparas de kerosén, sobre todo si se vive en regiones apartadas en las cuales estos productos de la civilización son escasos.

Dentro de la casa de Benito había unas tres o cuatro de estas lámparas que medio iluminaban una estancia

rectangular de unos cinco metros de frente por tres de fondo, produciendo un humo denso y cargado del olor del petróleo. Los asistentes a la fiesta se veían como sombras contra las paredes, había unos diez negros fumando y conversando sentados en bancas y sobre unas maderas que estaban apiladas contra una de las paredes. Atrás se oía el alboroto de las mujeres que esperaban a que empezara la música para salir de la cocina a bailar.

Apenas llegamos se apresuraron a ofrecernos los mejores asientos y enseguida nos entregaron un vaso con licor. Matilde me dijo al oído: "Cuidado! es muy fuerte", yo aspiré el olor de la bebida y sentí que efectivamente debía tener un porcentaje muy alto de alcohol, así que me limité a probarlo con el dedo. Sin embargo mis compañeras tomaban de a pequeños sorbos con tranquilidad y esto me inspiró un poco de confianza.

Cuando empezó a sonar la música, vi que había una mesa en el rincón opuesto de la puerta y que cuatro hombres callados estaban allí, y de allí salía el ruido mezclado con música con el cual empezaban a bailar los negros. Le pregunté a Matilde quiénes eran y me invitó a que nos acercáramos. Eran indios: los dueños del tocadiscos y de los discos, y cobraban a siete pesos la hora de música.

Ellos no bailaban, tomaban el biche —es el nombre de la bebida alcohólica que todos tomábamos— y cuidaban su tocadiscos de pilas y unos veinte discos de cuarenta y cinco revoluciones por minuto, con los éxitos más antiguos de la música salsa. Les preguntamos quién era el dueño y nos dijeron que entre los cuatro lo habían comprado a Jacinto, con todo y los discos.

Después supe que Jacinto era un mestizo adinerado que tenía una tienda como a una hora de canalete río arriba, que

lo había usado de la misma manera durante largo tiempo, y que ahora tenía planta eléctrica y un estéreo nuevo.

Las mujeres indias no asistían nunca a fiestas en casa de negros. También había otros indios sentados en el suelo contra la pared y tomando 'biche' ellos lo proveían: eran los indios los que habían tenido siempre el monopolio de su fabricación y venta de ese licor, todo de contrabando. En el interior de la selva instalan los alambiques y se turnan para vigilar el proceso.

La policía hace continuas pesquisas para decomisarlo, no tanto por cumplir la ley sino por el deseo de tomarlo. Cuando sale la lancha oficial de San Nicolás, a pesar de tratarse de lancha de motor, la noticia de que vienen detrás del biche se les adelanta y cuando llegan a las casas de los indios que lo fabrican y que siempre guardan cerca las botellas llenas, los encuentran ocupadísimos en la labor de la casa o de limpiar el rastrojo, y absolutamente ignorantes de que alguien por allí tuviera algo de biche. Pueden pasar todo el día averiguando, o amenazando o tratando de sobornar y no consiguen hacerlos perder su expresión de total ignorancia. Hasta se les olvida el castellano y no entienden las preguntas. Los indios son verdaderos artistas del disimulo.

Los negros realmente ignoran dónde está el biche y se mueren de risa al oír los alegatos entre policías y cholos. Cuando días después tomé un trago completo de biche, comprendí el porqué lo perseguían todos. Deja un gusto muy agradable además de la euforia que produce a las pocas copas.

La fiesta continuaba y las parejas de negros bailaban con ese ritmo y suavidad que había visto en Buenaventura, entregados por entero a la música que para ellos sonaba libre de los ruidos del viejo tocadiscos y los más viejos

discos. El negro entra en la música como en su templo y desde un punto interior inalcanzable para el que permanece fuera, hace entrega total de sí mismo y se transforma todo él en ritmo. Los bailes que vi durante toda mi estancia en esas tierras, incluso las danzas de tipo folclórico, no tienen ninguna relación con esos movimientos y contorsiones que posteriormente vi en la televisión, en los que en forma grotesca, bailarines negros hacen alarde de sensualidad. Seguramente no tienen el mismo origen porque los que yo conocí no exhibían nada, se entregaban a la música y a través de la ondulación de sus cuerpos comunicaban su verdad, su amor, sus sanos instintos no desfigurados a pesar de la historia de esclavitud y de catequesis que por siglos les ha sido impuesta.

Los indios, en cambio, no expresaban ningún sentimiento. Al contrario, el licor los tornaba aún más herméticos y distantes. Solo hablaban entre ellos, en su lengua, pocas palabras de vez en cuando.

Al cabo de una hora y media más o menos, —antes de que esté muy borracho— me dijo Matilde, le pedimos a Benito que nos cruzara y agradecemos la invitación a su compañera y a los otros negros que estaban cerca.

Con el silencio y la calma de la noche regresamos a la casa desde donde continuamos escuchando música y voces hasta el amanecer. >>

### **Una emergencia en la selva**

Una tarde, ya casi oscurecía, llegó una canoa a la misión y de ella bajaron dos indios hombres cargando a una mujer joven tendida sobre una camilla fabricada con palos y hojas de plátano. La había mordido una víbora "X", serpiente muy venenosa que abunda en la zona. La muchacha estaba

como dormida, y su cara se veía un poco hinchada, lo mismo que sus manos y pies.

– A qué hora pasó? –preguntó Gabriela dirigiéndose al mayor de los hombres.

– Cuando el agua iba tres cuartos de subida –contestó el indio.

Gabriela miró hacia el río y me dijo:

– Hace como tres horas, porque ya lleva un cuarto de bajada

Acto seguido hizo acomodar a la joven en una cama y comenzó la aplicación del suero antiofídico:

Primero diez centímetros completos inyectados en diferentes puntos alrededor de la herida, que era en la pierna y estaba hinchadísima. Esperar una hora, poniéndole mientras tanto compresas de agua fresca en la cabeza para calmar un poco la fiebre y volver con otro tanto de suero. Así seguir hasta lograr que desaparezcan los síntomas de envenenamiento, confiando en que no sea demasiado tarde.

– Si aguanta tres horas, está salvada –me dijo Gabriela y me contó que una vez no pudo salvar a un joven negro porque la víbora lo había tocado en un brazo, y el veneno había subido ya al cerebro cuando llegaron con él. Añadió:

– Aunque no sé si así realmente actúa, lo cierto es que mientras más cerca de la cabeza o del corazón sea la mordedura, más rápido hay que actuar y menos posibilidades de salvación.

Los indios salieron del cuarto en cuanto dejaron a la enferma y, siguiendo su costumbre, se sentaron en el suelo a esperar. Pueden esperar muchas horas sin cambiar de posición, sin dormirse y sin hablar.

Gracias al cuidado de Gabriela, quien no durmió en toda la noche, la muchacha abrió los ojos hacia el amanecer, y poco a poco se pudo incorporar. Media hora más tarde ya iban de regreso a su casa, y muy posiblemente ella volvería ese mismo día al trabajo en el mismo lugar en el que había sido atacada.

## **Medicina chamánica**

Por la tarde Gabriela me contó que los cholos recurren a la enfermería en estos casos y cuando hay una herida o un accidente de trabajo, pero que para las enfermedades internas prefieren a su brujo, y le piden que "ponga mesa" para que se cure el enfermo. El brujo desempeña su oficio en algún lugar adentro de la selva, y el poner mesa es el rito que lleva a cabo frente a una mesa encima de la cual coloca sus elementos curativos y canta lo que corresponde según el carácter de la enfermedad y la categoría del enfermo.

Entre otros relatos acerca de los indios, me contó del indio Poncianito a quien se le enfermó la mujer, Pacha, como consecuencia de una úlcera varicosa infectada, a tal punto que ella, Gabriela, lo mandó al hospital de Buenaventura, porque ya no podía hacer nada para mejorarla y temía una gangrena casi segura.

El indio se fue con su mujer para el hospital, y allí le dijeron al día siguiente, después de que los médicos examinaron a Pacha, que era necesario cortarle la pierna si quería que siguiera viviendo. El indio se negó rotundamente a aceptar esa decisión y sin más se llevó de nuevo a Pacha para Cabecera. En cuanto llegó con ella tremendamente afiebrada, se fue directo a buscar al brujo.

Como Poncianito era un indio principal e importante, el brujo se esmeró y todos los días ponía mesa para Pacha y le

lavaba la pierna con algunos preparados que fabricaba entre cantos y humaredas. Lo cierto es que al cabo de veinte días llegaron juntos a la enfermería: Pacha caminando, un poco coja, aydándose de un palo como bastón pero sobre sus dos pies. La pierna varicosa estaba totalmente seca, como de palo, pero entera.

Poncianito le contó a Gabriela que él le dijo al médico en Buenaventura:

— ¿Cortar pierna a Pacha?. ¡No! Yo no permito, yo busco brujo que ponga mesa para Pacha —Y, efectivamente el brujo supo curar a Pacha.

.....

Aquellos días quedaron para Yolanda como un punto de referencia sobre lo que es necesario y lo superfluo. Allí, donde faltan casi todas las cosas que constituyen el entorno común para cualquier familia de la ciudad aunque sea pobre, y donde, se desarrolla la vida y se conservan las tradiciones artísticas y culturales de los antepasados, los hombres realmente viven en un nivel de dignidad y respeto, con valores verdaderos, no expresados por ninguna legislación, en armonía y solidaridad entre ellos y con la naturaleza.

## **Segunda misión**

Después del viaje al San Juan, Yolanda estuvo muy atareada completando los materiales escritos que prometió enviar a las misioneras de Cabecera, de forma que ellas pudieran utilizarlos cómodamente. En Buenaventura Yolanda los haría imprimir y reproducir para que Juan los llevara en el siguiente viaje.

Realmente, durante todo el tiempo de su ' Misión Temporal ', la escritura de talleres para los niños de las escuelas de la selva fue el aporte principal de Yolanda al gran esfuerzo de las misioneras que vivían tan apartadas.

Unas cinco o seis semanas después del regreso del San Juan, llegó para las misioneras que estuvieran disponibles, una invitación de San Francisco

del Naya, un pueblo en el departamento del Cauca, ubicado en la parte alta, a orillas del Río Naya, para hacerse presentes en una feria campesina en ese lugar quince días más tarde. El profesor Solís del Instituto Técnico de Buenaventura había sido puesto a cargo de formar el grupo que haría el viaje y fue él — a quien le habían llegado noticias de los materiales que Yolanda elaboró para Cabecera—, él llevó personalmente la invitación para todas y la buscó en particular a ella para contarle del proyecto.

— ¡Claro que sí!, si no hay otra tarea ya determinada para que yo desarrolle en esos días, allá iré —fue la respuesta y el propio profesor se encargó de que las directivas le dieran el visto bueno correspondiente.

Viajar a un lugar completamente desconocido, con su siempre motivada voluntad de ver nuevos modos de vivir fue causa de gran entusiasmo y emoción. Finalmente, el grupo oficial de educadores, quedó formado por cinco personas: El profesor Solís, tres estudiantes del Instituto y Yolanda.

Aquí vuelvo a darle la palabra al "diario de Yolanda". Ella está de acuerdo en que yo lo copie literalmente, dentro de estos relatos de su misión temporal.

.....

## **Viaje al río Naya**

«El día de la salida estuvimos en el muelle indicado, a la una de la tarde, que era la hora apropiada por la situación de la marea para arribar a Puerto Merizalde, en donde debíamos descansar antes de comenzar a remontar el Río Naya, operación que de nuevo necesitaba una un nivel especial de la marea.

Unos amigos en Buenaventura me preguntaron si llevaba en mi mochila algo para comer. Les dije que no. Que el viaje sería corto y que ya había almorzado. Uno de ellos me obsequió un tarro de piña en tajadas que tenía a mano, ... "por si te acosa el hambre..." y se lo recibí un poco contra el deseo de no llenar más mi maletín que ya pesaba bastante por la hamaca que llevaba junto con algunos cuadernos y

fotos del Instituto que debíamos mostrar en las ferias a modo de información para posibles estudiantes y no sé qué más cosas bajo mi responsabilidad.

En total en la lancha que era grande para el motor fuera de borda de poca potencia que vi, entramos 37 personas.

Cuando el piloto encendió el motor, pensé que el viaje iba a ser lento, lento,... pero no más... por el momento.

Hacia las 6 de la tarde comenzó a oscurecer y a llover. La gente se agolpó debajo de la parte cubierta: un cambuche como para un máximo de diez personas y la carga que ya estaba al fondo. A las siete de la noche, seguía lloviendo sin parar y se acabó por completo la luz del día. Nos aproximamos al borde de un estero en donde se subió un hombre más, como salido de las mismas tinieblas, porque solo una pequeña linterna se encendió para que él viera en dónde poner sus pies y hacia afuera no veíamos absolutamente nada.

Me pasé para atrás. Yo he amado toda mi vida mojarme con la lluvia, así que estaba muy lejos de querer compartir el techo con tanta gente. Cerca del motorista conversé con él sobre el viaje y los lugares y su propia experiencia, y como la lluvia más el oleaje que aumentaba hacían charco en el fondo, me dediqué a achicar (sacar el agua que se acumula en el fondo de una lancha o bote) con una totuma disponible para ese efecto y el tiempo se me pasó rápido.

A media noche vimos las luces de Puerto Merizalde. Atracamos y nos bajamos. No llovía mucho. El conductor nos dijo que estuviéramos a las cinco de la mañana en ese mismo lugar porque arrancaríamos a las cinco y cuarto.

La gente llamó golpeando la puerta de la iglesia y alguien llegó a abrir. Allí entraron todos, menos nosotros los del Instituto porque la madre del profesor Solís vivía en ese pueblo y para allá nos fuimos.

La adorable viejecita se levantó feliz de abrazar a su hijo y al verme me saludó con mucho cariño y me obligó sin derecho a replicar, a acostarme en su cama. Ella dormiría en otra. Su hijo y los jóvenes en hamacas. Enseguida caí en profundo sueño. El calor ya había secado mi ropa, así que no hice sino tenderme cuando me pareció que solo minutos habían pasado, la señora me llamaba, que era hora.

No teníamos nada para comer aparte de la lata de piña. Fue un exquisito desayuno para todos, incluida nuestra anfitriona tan linda. Una tajada para cada uno surtió el efecto de animarnos para emprender el resto del viaje. Nos despedimos y salimos casi corriendo pues no teníamos la ventaja de estar al frente del embarcadero como los de la iglesia.

Inolvidable ha sido para mí esa noche de cuatro horas en Puerto Merizalde. Hoy icómo la recuerdo!. Siempre me hace reír y me ayuda a espantar las preocupaciones.

El comienzo prometía que el viaje sería rápido: entramos al río Naya suavemente y avanzamos a buen ritmo como media hora, mientras el terreno era muy poco inclinado. La subida fue haciéndose más pendiente y el agua del río comenzó a tener insuficiente altura para el motor. Ahí comenzamos el tramo más difícil, que se prolongó hasta que llegamos a destino. Fueron varias horas durante las cuales cuatro hombres se turnaban de a dos para hacer avanzar la lancha clavando palancas largas en el fondo del río y apoyándose en ellas para impulsarla hacia adelante.

Supongo que todos los demás hacíamos fuerza con nuestro pensamiento y nervios en tensión, como me pasaba a mí. Me es imposible calcular la longitud así recorrida, pero llegué con una tremenda sensación de fatiga. A las once de la mañana arribamos a San Francisco.

La feria campesina apenas comenzaba. Llegaban personas con productos agrícolas, con animalitos de granja, con artesanías fabricadas en las casas campesinas. Muchas cosas me parecieron bellas. Un pueblo pequeño, muy alejado de cualquier centro, donde la gente se esforzaba por mejorar su vida.

Nos dieron comida sencilla pero buena, servida en platos de totumo y con cucharas del mismo material. Los estudiantes del Instituto tenían familiares en la región.

Uno de ellos me presentó dos 'hermanos de padre', los otros dos me dijeron que sus familias vivían más adentro, que ellos esperaban que al día siguiente que era la propia fiesta pudieran llegar para verlos.

Para dormir, a las mujeres nos tenían preparado un salón en el segundo piso de la escuela en donde podíamos colgar nuestras hamacas para pasar la noche. Los hombres se quedarían en otra parte. La escuela era de madera. Recuerdo el piso de ese salón, limpio y bien hecho, no dejaba vacíos entre los tablones que lo conformaban. Yo estaba muy cansada para ponerme en el trabajo de colgar la hamaca: simplemente la extendí sobre el piso, en una esquina donde no estorbara, y rápidamente me acosté. No supe nada de las demás. Inmediatamente me dormí hasta el amanecer del otro día.

### **En San Francisco del Naya**

Muy temprano llegó la lancha de monseñor. Él venía con algunos visitantes.

No acababa de salir de la lancha, cuando se vio rodeado de toda la gente de lugar que estaba presente. Aproveché el momento para buscar a Juan y preguntarle cuándo se devolverían. Me dijo que esa misma tarde.

"Y, ¿te quedaría un lugar para mí?"... le pregunté.

"Creo que sí, pero habla con Monseñor. Mientras tanto te lo guardo, pero no te puedes subir si no has hablado antes con él". "porque... me explicó ... no sé si otras personas también lo van a pedir".

Fue fácil porque apenas monseñor acabó de saludar a la gente del lugar me vio y me hizo seña de que me acercara. En una pausa le pedí si podría viajar de regreso a Buenaventura con ellos y me dijo que si Juan pensaba que yo cabía en la lancha, él no tenía ningún inconveniente. Desde ese mismo lugar le hice la señal a Juan y todo quedó arreglado.

En la lancha nos acomodamos, además de monseñor Valencia, los visitantes oficiales, un hombre y una señorita que eran empleados de Radio Sutatenza y yo, y por supuesto, Juan.

## La Punta del Tambor

El regreso fue veloz hasta la Punta del Tambor. La lancha mucho más liviana y de bajada, todo el tiempo tuvo el motor en funcionamiento. En media hora arribó al lugar llamado la Punta del Tambor, en donde Juan advirtió :

— El viento está fuerte. Así no podemos entrar al mar —y propuso que esperaríamos una hora a ver si amainaba.

— Sí. No hay problema —dijo Monseñor. Juan atracó y bajamos. En dos minutos la playa estaba llena de niños negros, negrísimo que, como siempre abrazaban a monseñor y él los saludaba, tocaba sus cabezas y recordaba los nombres de los más grandes.

Mientras caminábamos Monseñor le dijo al abuelo que había llegado con los niños que preparara "algo de música para dentro de un rato".

Juan me hizo seña de que me encargara del canasto que traía la comida y de servirla, cosa que con gusto hice cuando el anciano se hubo llevado a todos los niños para ensayar en algún lugar y nosotros estuvimos sentados en un espacio cubierto y amplio provisto de bancos.

Comimos y volvieron los niños con el anciano y los padres y madres que nos saludaron después de abrazar a Monseñor. Todos nos acomodamos pendientes de la marimba que traían y de las señas y órdenes que el abuelo daba en otra lengua, su lengua africana aprendida de sus antepasados y mantenida viva ...

Comenzó la música y las órdenes para que los niños bailaran y el canto... un traslado en el tiempo y en el espacio a la misteriosa África.

La sesión pudo durar una o dos horas, no medi el tiempo, pero fue un hecho completamente por fuera de todo lo que yo conocía hasta ese momento.

Nunca he vuelto a vivir y compartir otra sesión musical autóctona de un mundo de otra época y otro espacio, inimaginable para mí.

Al terminar, ya era noche. Juan dijo que el viento había disminuido pero que la marea estaba bajando y no alcanzaríamos a llegar a Buenaventura con agua suficiente.

Monseñor llamó al administrador del aserrió, para preguntarle dónde podríamos pasar la noche. Él dijo que los dueños tenían tres casas disponibles y que ellos estaban autorizados a permitir que personas conocidas o recomendadas por Monseñor las ocuparan en casos como el del momento.

Así Monseñor y Juan fueron llevados a la que siempre estaba disponible para el Obispo, los hombres acompañantes a otra y la más pequeña para la funcionaria de Radio Sutatenza y yo, que éramos las mujeres del paseo.

Antes de retirarnos conversamos un rato más y luego dormimos en los lugares asignados, hasta las cuatro y media de la madrugada cuando Juan nos llamó a todos.

Después de un tinto de Nescafé salimos. El viento en calma y la marea en buen punto fue un alegre amanecer sobre la bahía que parecía un espejo.

Este viaje a San Francisco del Naya fue para mí el último de ese período de seis meses.

La Solución Temporal que yo había recibido y aceptado, fue la cura perfecta para mi inseguridad y temores del futuro.

Lo vivido en el entorno de Buenaventura había erradicado los fantasmas de mi imaginación...

ii Inolvidable periodo e inolvidables viajes !!.>>

.....

## **Continuar la vida**

Yolanda regresó a su casa, y a su novio, y a la realización absolutamente consciente y deseada del matrimonio. La boda se celebraría con un retraso de solo tres meses en relación con la fecha que inicialmente habían previsto.

Sus padres la abrazaron y supieron por la intuición del afecto, que Yolanda estaba curada de sus desasosiegos e intolerancias.

Ella reflejaba una certeza interior del valor de la vida de cada día y de la necesidad de comprender a los próximos para sentirse feliz y realizada.

Humberto, por su parte, siempre comprensivo y fiel al amor, prometió apoyarla y si fuera posible, acompañarla en futuras 'misiones temporales',

o al menos en algunos viajes por lugares desconocidos, llenos de misterios  
y de enseñanzas

Fin de

" UNA SOLUCIÓN TEMPORAL "

\*\*\*\*\*